



MEDINA DE RIOSECO (VALLADOLID). CASAS DERRIBADAS

Fot. Prieto Vives.

ARQUITECTURA

ÓRGANO DEL COLEGIO OFICIAL DE ARQUITECTOS DE MADRID

AÑO XIV - NÚM. 157

MADRID - ANTONIO MAURA, 12

M A Y O 1932

LAS VILLAS CASTELLANAS

POR L. TORRES BALBÁS, ARQ.

De las agrupaciones humanas castellanas, la tradicional y característica es la "villa". Hasta el siglo XVI apenas existiría otra. Región de pastoreo, de rebaños, en las villas, situadas siempre en lugares de fácil defensa, al borde de los ríos, en caminos concurridos o en vegas y sitios de excepcional fertilidad, reconcentrábanse las gentes. En el campo, árido e inhóspito, había pequeñas agrupaciones de chozas y albergues provisionales, más de pastores que de agricultores. Hasta esa época vivióse, además, en esta tierra abierta y descampada, tras fuertes muros y al cobijo de una fortaleza. Es a partir del Renacimiento cuando va poblándose el campo de aldeas y lugares.

En la arquitectura popular de Castilla hay que diferenciar las viviendas humildes de las villas, siempre con un cierto aire de señorío y tradición, de las de las aldeas, de aspecto más tosco y humilde, de barro, ladrillo o piedra, de muros desnudos, raramente blanqueados, de una sola planta la mayoría de las veces, desprovistas de disposición o detalle alguno que anime su desnudez. Hay, pues, una Castilla urbana—bien pobres y decaídas estas urbes—y otra rural, más moderna, cuyas viviendas están emancipadas del lastre tradicional, del sedimento histórico que, fatalmente, y a pesar de su humildad, tienen las de las villas, para quedar desprovistas en su aspecto exterior de todo aliño y superfluidad. Estas aldeas, relativamente modernas, la mayoría de cuyas casas contarán poco más de un siglo de existencia, del color de la tierra que las rodea o de la piedra de los cerros

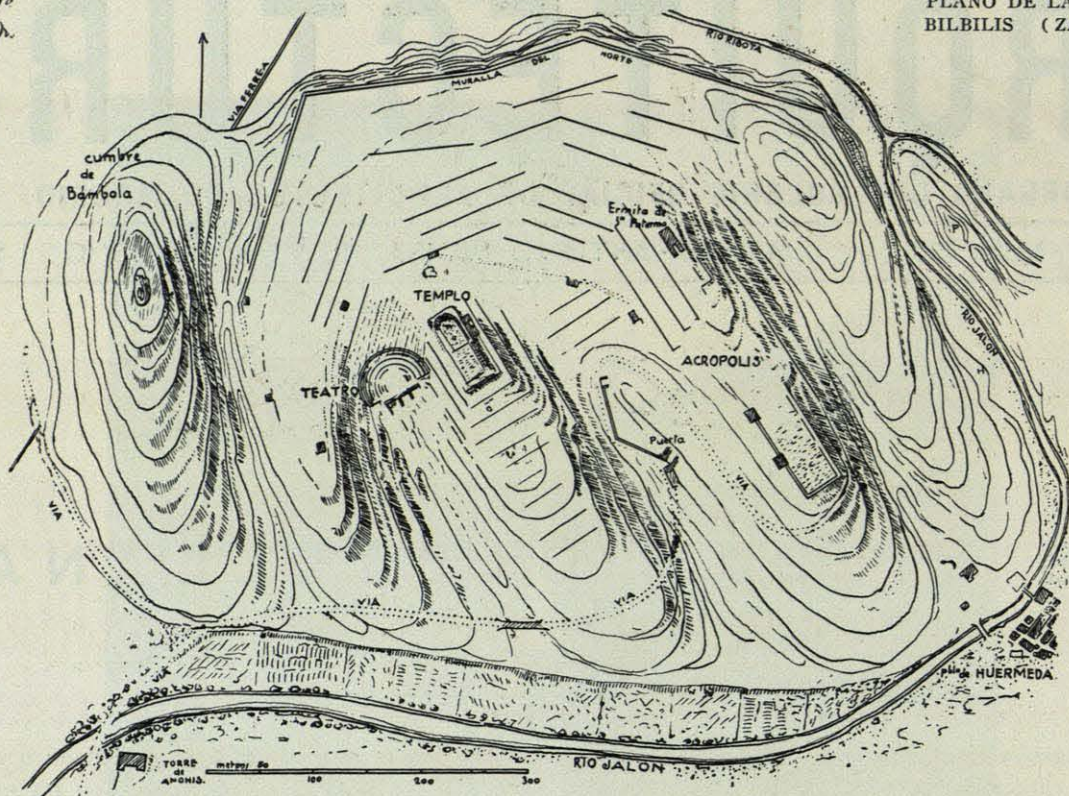
en cuya ladera se recuestan, sin un balcón o una solana, sin una nota alegre de color, son las que han dado a los pueblos de Castilla fama extremada de adustez y pobreza. Las villas, en cambio, al margen de la vida moderna casi todas ellas—las que alcanzaron reciente prosperidad han visto totalmente renovado su caserío—, silenciosas y decadentes, quedan de tema, ya harto manoseado y caído en el lugar común, para el turismo arqueológico.

¡Curiosa formación ésta de las villas castellanas, focos en otro tiempo del gran dinamismo de la raza! Tienen algo de castillo, de convento y de santuario; son, a la vez, fortalezas y oasis en medio de las llanuras que las rodean, en un campo seco y duro, de aire trágico y violento; creaciones completas, productos estéticos perfectos y acabados. Ciudades roqueras místicas y alertas, con porte de grandes atalayas para otear desde la altura (1), ásperas y herméticas, prisiones con escape tan sólo hacia el firmamento, cenobios y cuarteles, en las que la existencia aparece como un servicio militar de tierra y cielo, que endurece los pechos contra el dardo y la tentación (2). Los siglos han ido formando en ellas un ambiente de señorío y de reposo; sobre las cosas se percibe un matiz de eternidad; los gestos, en las gentes, son de un cansancio lento y grave (3).

(1) Pío Baroja: *Los recursos de la astucia*.

(2) José Ortega y Gasset: *Meditación de Don Juan*.

(3) Azorín: *Don Juan*.



Casi todas estas villas hállanse situadas en lugares poblados desde remotas edades. De muchas se conoce su existencia en época romana; de otras, su abolengo ibérico. Han sido siempre, fundamentalmente, puestos militares, establecidos en sitios favorables a la defensa, de acceso enriscado, de penosa y difícil subida. No fueron creadas por necesidades comerciales, agrícolas o de tránsito; son productos artificiales, que obedecen tan sólo a necesidades estratégicas, a la primordial de protegerse para vivir, pasando a un segundo plano las preocupaciones de riqueza o de un elemental bienestar. Castilla se presta admirablemente para ello; los hondos cauces abiertos por la erosión de los ríos lentos y perezosos, que parecen divagar mansamente en su perseverante trabajo de talla, hendiendo y conformando, en el transcurso de los siglos, los estratos miocénicos o diluviales de la meseta, constituyen magníficos fosos naturales, aprovechados en la Edad Media. Y allí donde se juntan dos cauces, barrancos o ríos, en el punto de confluencia, queda un cerro calizo, abrupto e infértil, de cumbre relativamente plana, en el que la fortaleza está casi naturalmente formada: Arévalo, en la confluencia del Adaja y el Arevalillo; Segovia, en la del Eresma y el Clamores; Cuenca, en la del

Júcar y el Huécar (1); Maderuelo: Sepúlveda, en la del Duratón y el Caslilla; Caracena; Pedraza; Bayona, entre el Tajo y el Jarama; Talavera la Real, entre la ribera de la Albuhera y el Lentrín, y muchas más entre las aún existentes. Y de las desaparecidas desde hace siglos: Termes; Numancia, entre el Duero y el Merdancho; Arcobriga, en la confluencia del Jalón con el Nágima; Interamnio, en la de los ríos Bernesga y Torio; Turmulos, en la del Almonte con el Tajo; Urbiaca, en la de los ríos Alfambra y Guadalaviar; Bilbilis, en la del Jalón y del Ribota; Calatrava la Vieja, allí donde el río Pellejero vierte sus aguas en el Guadiana. Una fuerte muralla cierra el perímetro por la parte llana; otra, no menos consistente, en lo alto del barranco, siguiendo las sinuosidades del escarpe, circunda el ángulo, casi siempre muy agudo, que forma el encuentro de los cauces, quedando así la acrópolis en magníficas condiciones defensivas. En muchas, en el vértice, a manera de

(1)

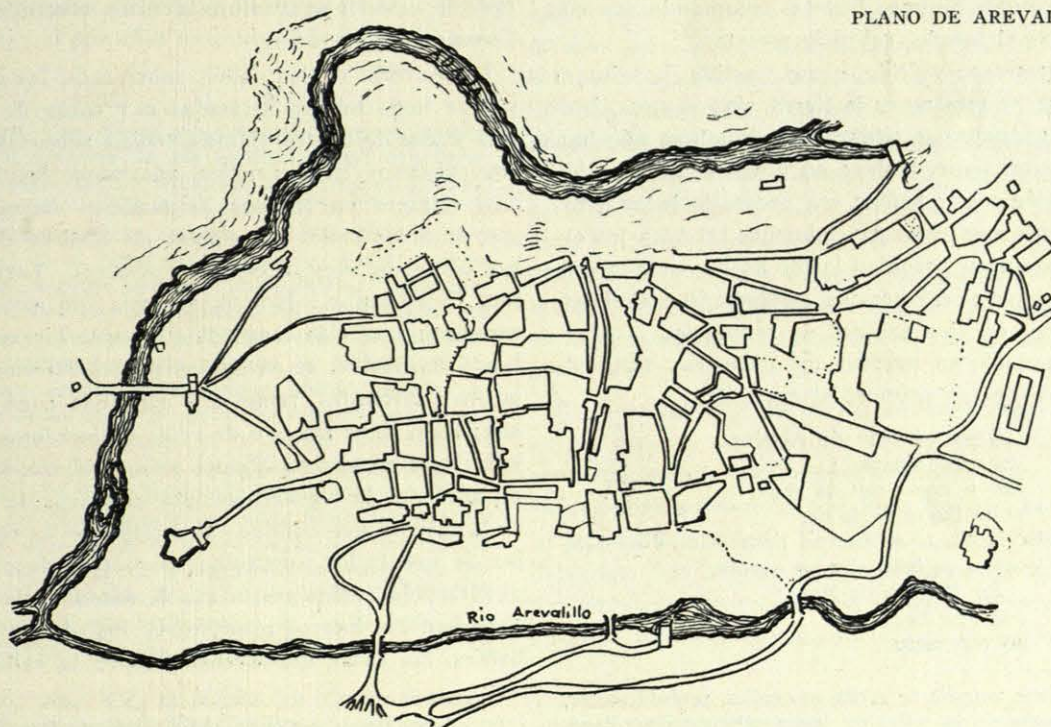
Serranas eran de Cuenca,
honor de aquella montaña,
cuyo pie besan dos ríos
por besar dellas las plantas.
GÓNGORA.



castillete de proa de una antigua nave. levántase la fortaleza, como en Segovia, Arévalo, y Maderuelo. Las iglesias, inmediatas algunas a la muralla, contribuyen a la defensa con la masa de sus muros y la altura de sus torres. A veces los ríos, obligados por la constitución del terreno, al tropezar en su curso con un macizo rocoso, le contornean en gran parte, buscando camino más fácil, y sobre aquél, que queda a modo de península, en situación defensiva aún más favorable, se alza el núcleo urbano; son villas de

meandros, como Toledo (1), sobre el Tajo; Alarcón de las Altas Torres (Cuenca), sobre el Júcar, y Buitrago, sobre el Lozoya; situación análoga ocupa el con-

(1) "...porque aquel famoso río de cuatro partes de la ciudad de Toledo cerca las tres." Fernández de Oviedo: *Las Quincuagenas de la nobleza de España*. "Describe el Tajo una curiosa vuelta en torno de Toledo, abandonando los materiales terciarios, mucho más fácilmente erosionables, para penetrar en las ásperas rocas cristalinas, y a la salida del macizo arcaico atravesado, volver a continuar su curso por el terreno diluvial." Dantín Cereceda.





MEDINA DEL CAMPO (VALLADOLID). LA RUA HACE SESENTA AÑOS

vento de San Frutos, sobre el Duratón, cerca de Sepúlveda (1). Chopos y álamos crecen en lo hondo de los cauces, entre algunas huertas, asomando sus copas, doradas en otoño, sobre la meseta.

En un país seco y árido, como Castilla, la primera y verdadera riqueza no es la tierra, sino el agua, junto a cuya corriente se situarán los hombres que han de hilar, tejer, teñir, moler; en ninguno de esos lugares estratégicos la había: era necesario bajar a tomarla del río, supliendo parcialmente tal falta los aljibes, en los que se recogían las de lluvia, y algún que otro pozo, de agua salobre casi siempre. El castellano, amigo, como es bien sabido, de sentencias y refranes, ha expresado en muchos de éstos esa falta de un elemento de tan primordial necesidad:

Tiene el caño de Alaejos
una cosa singular:
que si llueve nos da agua;
si no llueve no la da.

"Torremocha la llana, el que no tiene caldera no bebe agua." "En Ventosa se bebe el agua penosa."

En Paredes de Nava
quien no lleva sogas
no trae agua.

(1) La fuerte muralla de Avila se explica, probablemente, por la situación de la villa, en lugar relativamente llano.

En guerras continuas, asolada esta comarca abierta de Castilla durante siglos, en la villa, que es fortaleza y refugio, se albergan todos los pobladores. En ella están la seguridad, la calma, la vida tranquila, el descansado disfrute de la hacienda, el desarrollo regular del comercio.

Dentro de sus muros amontonanse, en calles estrechas y tortuosas, las pobres edificaciones. La arquitectura obedece, con gran acierto, la razón topográfica, siguiendo palmo a palmo los relieves del suelo. "En lugar de suprimir la posibilidad graciosa que el capricho del terreno ofrece, allanándolo, geometrizándolo, se ha hecho de él, como suele el poeta de la rima, motivo inspirado para una idea arquitectónica. Por esto es cada rúa individual, única, y cada casa parece haber estado nominativamente prevista por la gleba. El capricho del hombre queda sustituido por el de la tierra, y el perfil de la ciudad parece dibujado por la misma voluntad telúrica que ideó las crestas de la frontera serranía" (1).

En algunas de estas villas, las más prósperas en la Edad Media y durante el Renacimiento, como Medina del Campo y Medina de Rioseco, hubo lugares céntricos—la plaza y las rúas que a ella conducían—en los que, por ser los más favorables para el comercio, las gentes se aglomeran y comprimen y las casas se elevan merced al mismo fenómeno que ha producido los rascacielos de Nueva York: en Medina de Rioseco existieron casas de cuatro pisos. Otras veces fué la estrechez del sitio o del perímetro murado la causa que produjo idéntico efecto, como en Cuenca y Albarracín.

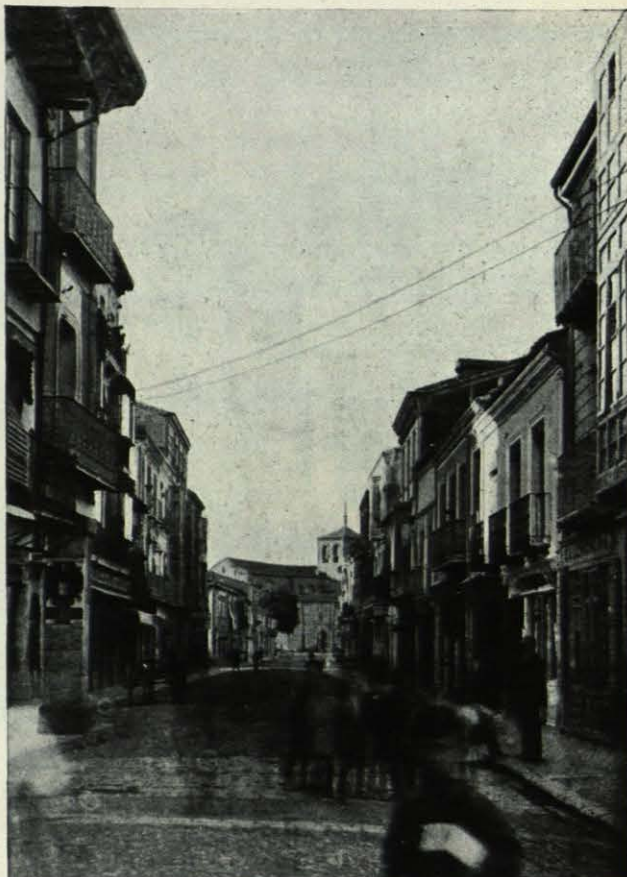
La mayoría de las calles, sobre todo las centrales y más importantes, formadas por casas de dos, de tres y aun de cuatro plantas, tenían soportales o pasos cubiertos bajo aquéllas, apeándose las fachadas casi siempre en troncos de madera sin escuadrar. Así eran las calles principales de Medina del Campo, Nava del Rey, Medina de Rioseco, Toro, Villalón, Calatañazor... Hoy la mayoría de estas villas arrastran una vida lánguida y pobre. Tierras de labor y barbechos se extienden por el interior de los muros; viviendas, templos y murallas caen en ruinas; todo tiene un aire de vejez y abandono. En las villas que conservan alguna vida moderna se siente un afán por la regularidad, por el plagio de lo visto en la capital, que conduce al derribo de las casas viejas de soportales, sustituidas por otras de pisos pequeños de varios vecinos, a la moda de la ciudad. Estorban los huecos asimétricos, los aleros muy salientes, las casas que avanzan sobre la calle prote-

(1) José Ortega y Gasset: *Meditación de Don Juan*.

giendo al viandante, los arcos que cierran calles y plazas. El tiempo y los hombres—destructores más hábiles éstos que aquél—van acabando con las iglesias, con los palacios, con todos los restos monumentales del pasado; caen torreones, castillos, murallas, puertas, numerosos templos y conventos, no pocas casas; practícase el odio sistemático contra todo lo viejo.

“Muchas de las callejas del pueblo han sido ensanchadas; muchas de aquellas callejitas que serpenteaban en entrantes y salientes—con sus tiendecillas—son ahora amplias y rectas calles, donde el sol calcina las viviendas en verano y el vendaval frío levanta cegadoras tolvánicas en invierno” (1). Lo mismo que al reconstruir Nerón a Roma después del incendio había gentes, según cuenta Tácito (2), que echaban de menos las antiguas calles estrechas y tortuosas, umbrías y frescas siempre, ahora también hay quien lamenta la desaparición de las viejas y pintorescas calles castellanas.

“No hay apenas Ayuntamiento ni concejal que no se haya propuesto fundir y regularizar la población a su manera, trazando líneas sobre el mapa topográfico cual sobre un yermo erial lo hiciera, sin desviar jamás su inflexible recta por consideración alguna, a no ser una que otra personal. La primera piedra que de antigua fachada se desprende entraña consigo la ruina de toda ella, para ser luego, sabe Dios bajo qué plan, reconstruida; los arcos caen, los saledizos se despiezan, los paredones se blanquean, las calles se ensanchan, para abrir paso al carro triunfal de la civilización, y si por ellas no cabe, se le franquea bre-



MEDINA DEL CAMPO (VALLADOLID). LA RUA EN LA ACTUALIDAD

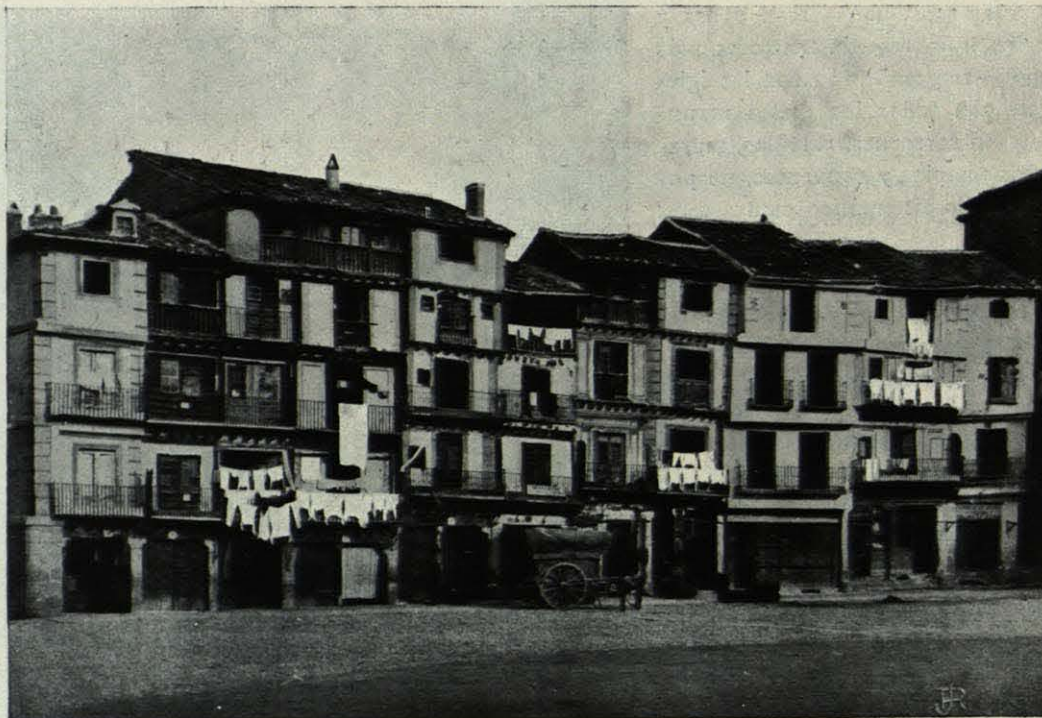
(1) Azorín: *Una ciudad y un balcón*. Suya es también la descripción siguiente de una supuesta ciudad castellana: “No ha cambiado mucho Orbajosa; pero se han cometido en la vieja y bella ciudad algunos desafueros. El palacio de Pedrarias ha desaparecido; su portada se la llevaron los norteamericanos; en el lugar en que estaba el palacio se ha construido un cine, que se llama “Salón Muñoz”; gran trecho de soportales en la Corredera del Condestable—que ahora se llama avenida de la Libertad—ha sido derruido; como, naturalmente, continúa nevando en invierno y lloviendo en todo tiempo, los transeúntes añoran aquellos soportales, por donde se podía pasear tan cómodamente; pero pueden consolarse admirando en la antigua Corredera un magnífico edificio de cemento armado que sirve para albergar la sucursal del Banco Ibérico. En la plazuela de la Fuente Vieja ya no existe aquella venerable fuente antigua; en su lugar hay unos grifos de hierro colado que han costado una porción de pesetas al Ayuntamiento. La fondita en que yo paré hace tantos años llevaba el título de “La Perla”; ahora ha cambiado este título por el de “Gran Hotel Excelsior.” (Azorín, Orbajosa, *Luz*, Madrid, 9 de abril de 1932.)

(2) Tácito: *An.*, XV, 43 (citado por Gastón Boissier, *Promenades archéologiques, Rome et Pompéi*, pág. 2).

cha, como al caballo de Troya, al través de monumentos seculares... Cualquiera es dueño de realizar los despropósitos más absurdos en Arquitectura, con tal que, en correcta formación, se alineen, sometiendo a ese tipo geométrico que, sin distinción de climas ni de países, sin filosofía y sin respeto alguno al carácter histórico, y como a propósito para destruir toda pintoresca perspectiva, se ha constituido como ideal de la belleza y último y absoluto fin de toda mejora” (1). Lo que se derriba no se sustituye por obras considerables: todo lo nuevo que se hace es mediocre y vulgar.

El inventario de los viejos edificios desaparecidos en los últimos sesenta años en las villas castellanas sería inacabable. Ensayemos a hacerle para algunas. De las doce parroquias que tuvo Cuéllar, consérvanse en mediano estado San Andrés, San Esteban, El Salvador, San Miguel y Santa María de la Cuesta. Sin techo, arruinada, está San Martín; convertida en humilde vivienda, Santiago; fábrica de harinas es la

(1) José María Quadrado.



de San Pedro; de Santa María no queda más que la Torre, que sirve de atalaya a un procurador; Santo Tomé ha desaparecido por completo. De los seis conventos de antaño, tres de varones y otros tantos de monjas, el de Franciscanos es hoy fábrica de harinas; el de Trinitarios, panera; cuadra de posada, la iglesia del de Basilius: cuartel de la Guardia civil, el de la Concepción. El palacio de los Castros, del siglo XIII, es fábrica de achicoria. No existen ya la antigua casa Ayuntamiento, las puertas de San Andrés, San Pedro, San Francisco y la Trinidad, el patio del Estudio de Gramática, fundado en el siglo XV. De Arévalo desaparecieron el arco de la bajada del puente de Valladolid, restos grandes de muralla y fortificación, las ruinas de la parroquia de San Pedro Apóstol, el llamado Puente Nuevo sobre el Arevalillo, del cual quedan los sillares de granito de un estribo; la cruz de San Andrés, el ex convento de frailes de la Trinidad Calzada, el ex convento de monjas de Santa María de la Encarnación, el Arco Nuevo, o puerta de Avila, el arco de San José, la ermita de San Blas y Nuestra Señora del Camino, e innumerables casas blasonadas de los siglos XV y XVI, con puertas de granito y fachadas de ladrillo. Atienza tenía, a mediados del siglo pasado, seis parroquias; catorce hubo antiguamente. Subsisten las iglesias de la Trinidad, el Salvador, San Juan, San Bartolomé, San Gil y Santa María. Destruyéronse San Esteban, San Martín, Santiago, San Nicolás el

Alto, San Miguel, San Pedro, San Nicolás de Covarrubias y Nuestra Señora del Val. Existieron dos conventos, San Francisco y San Antonio, de los que apenas quedan restos. De Medina de Rioseco han desaparecido en el siglo XIX la iglesia de San Miguel de Mediavilla, la fortaleza, los conventos de San Pedro Mártir, de Carmelitas Descalzas y el de Hospitalarios de San Juan de Dios, el palacio de los Almirantes y un gran cuartel de caballería que no llegó a terminarse.

Pobre, extremosa y alta, la tierra castellana es tierra de tránsito. Castilla es un ancho camino que hay que cruzar para llegar desde las tierras septentrionales europeas a los fecundos valles del Guadalquivir y a las comarcas amables del litoral mediterráneo. Tierra de tránsito, de pastoreo, cuyo habitante más caracterizado fué el pastor trashumante que conducía antaño su ganado por las viejas cañadas de la mesta. Trashumantes fueron sus reyes, verdaderos monarcas nómadas en la época de más vitalidad de esta tierra, en los siglos XIV y XV: de Juan II dice el supuesto Bachiller Fernán Gómez de Cibdareal que "estaba tanto trabajado de caminar acá para allá". Tierra de tránsito la consideraron los grandes místicos y tantos otros espíritus castellanos que sintieron ese terrible despegue de la vida, ese cansancio vital, ese esperar de continuo a la muerte que nos acecha sin tregua, ese desprecio por lo que ella significa, que expresó el mismo Bachiller en un estilo

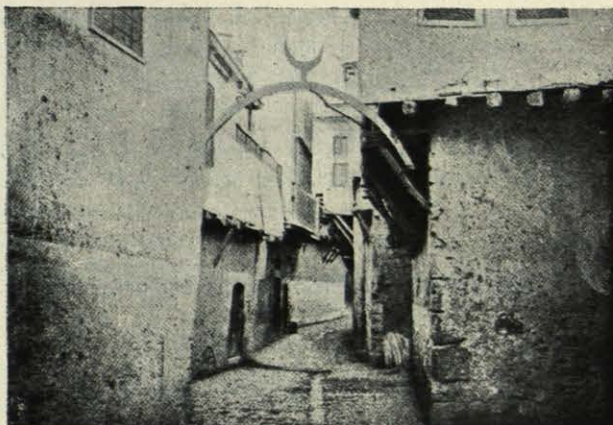
conciso, cortante y rotundo, tan castellano: "ca de vivir estoy con tal hastío que como otros la muerte temen, yo pienso que el vivir no se ha de despegar de mí... ca esta mísera tierra que pisamos es, como lo dice la Santa Escritura, guerra e miserable destierro". El Poema del Cid, la epopeya castellana de la Edad Media, es un libro de viajes, como lo es el Quijote y las novelas picarescas en pleno Renacimiento. Santa Teresa, la santa más castellana, fué una fémua inquieta y andariega.

Así el castellano va dejándose vivir en esta tierra de tránsito poco amable, viviendo al día, rudamente, ásperamente, sin sentir la necesidad de refinamiento alguno, encerrado en la villa, con una pobrísima vida de relación. Tiene una virtud admirable de sufrimientos largos y silenciosos bajo serenas apariencias, disimulación y gran templanza (1), sobriedad, gravedad en el porte, paciencia en la miseria, fortaleza en la adversidad (2); su espíritu es reconcentrado y fatalista.

No se podrá poner España en pie sin que antes se

(1) Lucio Marineo Siculo.

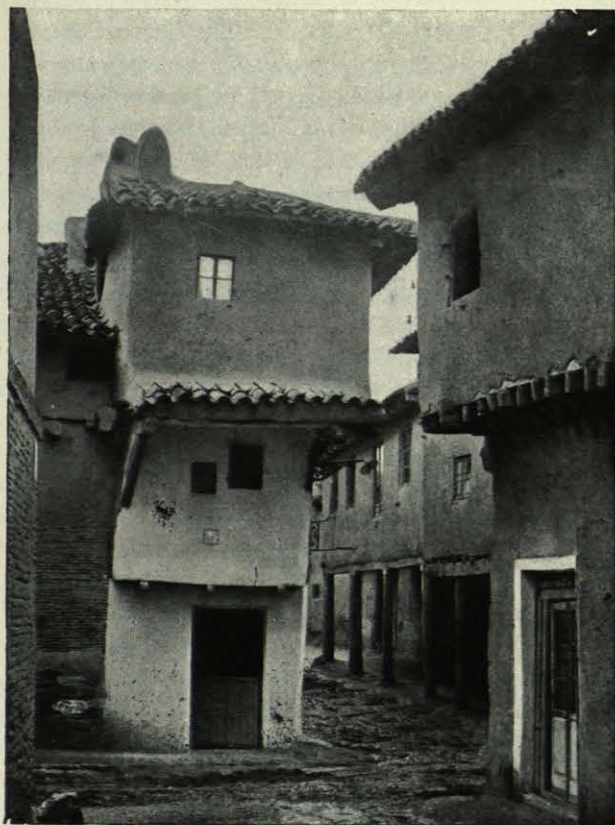
(2) Borrow: *La Biblia en España*.



CALLE DE DAMASCO (SIRIA)

acometa la labor de despertar del sueño en que vegetan desde hace siglos a estas villas castellanas. Sin sentimentalismos arqueológicos, sin nacionalismos trasnochados, pero no olvidando el lugar ni la hora, habrá que conservar pulcramente lo más selecto de la herencia arquitectónica del pasado, borrar casi todo lo hecho en los años últimos y orientar hacia nuevas normas su desarrollo urbano.

VILLALON (VALLADOLID). CASAS VIEJAS



VILLALON (VALLADOLID). LA PLAZA

